

Siempre pensé que las personas que te acompañaban a lo largo de tu camino se describían de dos maneras: mejores amigos y almas gemelas. El amor y la amistad forman parte esencial del día a día, de una vida entera.

¿Qué pasa cuando uno de ellos se va antes de tiempo? ¿Dolor infinito? No sé qué tan eterno, pero sí aseguro lo persistente que es. ¿Qué sigue entonces? Es posible que solo una de esas partes no sea capaz de complementar el vacío que dejó la otra con su partida.

Aun así, Nicolás me ayudó a mantener vivo y cálido ese espacio vacío, le dio más amor a nuestra amistad¹.

1 N. DE LA A. Uso del español rioplatense. Esto significa que se presentarán algunas palabras coloquiales vinculadas al país en donde se ambienta esta historia y acentuaciones tónicas, a veces presentadas con tilde, en palabras que en el español neutral generalmente son esdrújulas (principalmente en verbos). No deben confundirse con faltas ortográficas ni gramaticales.

[PRIMERA
PARTE]



[CAPÍTULO I]

ALMAS PERDIDAS

¿**ALGUNA** vez han visto ambulancias tan de cerca?

Las sirenas que rompen sus tímpanos en pedazos, el vaivén de desconocidos en apuros; sentirse totalmente elevado y desorientado sin moverse del lugar.

Ojalá no... Esto no se lo deseo a nadie.

—¡Por favor, retírense, permitan trabajar!

—¡Mi novia está ahí! —gritó mi amigo—. ¡Emi, decí algo!

Estaba atónito. Los vagones del tren no tenían obligada forma, estaban destrozados por completo contra ese ómnibus que cruzó en infracción porque las barreras no funcionaron cuando debían. Al ver a los socorristas hacer su trabajo, corrí hacia ellos buscando a mi persona... Mariana. Sus recuerdos, sus sonrisas, sus lágrimas, su habla, su pensar; tantas cosas buenas, malas, feas y hermosas que habíamos vivido... Como una catástrofe, todo se desbordaba de mi mente, y deseaba que nada fuera a desaparecer.

Me detuve, aunque más bien me detuvo el bombero al pararse frente a mí. Retrocedí un paso y, al instante, mi cuerpo fue jalado con histeria desde los hombros. Era mi amigo, quien se apoyó en mi cuerpo para gritar:

—¡Natalia! —Sus ojos estaban inundados.

Busqué la dirección de su mirada. ¿Cómo describir tan sangüinaria escena?

La voz de Nicolás enmudeció abruptamente luego del grito por ver a su novia en ese estado. Corrió hacia ella, pero no le permitieron acercarse más. Natalia no respondía.

—¡A ver, permiso! —Rápido pasaban otros socorristas con más camillas y equipos. Entonces, supe que ahora me tocaba a mí.

Giré para verla... Mi Mariana... Tampoco respondía. Desesperado intenté alcanzarla, pero me retenían y me alejaban cada vez más de ella. De repente, noté que me miraba, sí, estaba seguro de que sus ojos no estaban del todo dormidos, sé que me estaban mirando... Incluso yo... creí ver que me sonrió. Y me estaba despedazando, esa sonrisa me estaba despedazando.

No daba más, juro que no soportaba tanta ansiedad y angustia.

«No... No te vayas, no me dejes, no sé qué haría sin vos... No sé qué hacer ahora. ¡No sé!».

—Emi... —Levanté la cabeza despacio y crucé miradas con Nicolás—. Emi... Se me fue. Natalia se me fue.

Lo abracé contra mí con la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Acepté todo dolor que venía a apuñalarnos como a tantas otras personas en ese trágico día. Lo que también trataba de aceptar era que probablemente Mariana tampoco estaría allí para mí al día siguiente. Nicolás y yo caímos moribundos, pero más juntos que nunca, en un profundo pozo.

[CAPÍTULO II]

TIEMPOS DE DOLOR

LO escuché acercarse y ubicarse detrás de mí apoyando su mano en mi hombro.

—Perdón —comenté—. Esta semana fue difícil para todos...
¿Cómo te sentís ahora?

—Sigo hecho mierda. Los días pueden seguir pasando y, aunque tenga menos ganas de llorar, la culpa de no haberme despedido y el dolor siguen ahí. —Sonrió agachando la cabeza—. No creo que pueda superar esto.

—No sé si decir que te entiendo, ni yo sé lo que siento en este instante... ¿Tengo que estar feliz porque está viva o seguir llorando como lo vengo haciendo porque no despierta?

Quedamos en silencio varios segundos, ni pude calcular cuántos, pero después de todo dejó escapar una risita acompañada de un «Qué vida de mierda» y se sentó en el sillón de descanso en el que yo solía dormir cuando me quedaba.

—¿Dónde está su familia?

—Nos turnamos, ellos se quedan toda la noche y yo todo el día.

—O sea que... ¿tenés tiempo de bañarte?

—Sí, estúpido. —Reí un poco forzado—. Antes de ayer fue la última vez que lo hice.

—Sos un asco. —Me sonrió.

Me levanté un momento de mi lugar para sentarme en el apoyabrazos del sillón. Comenzamos a reírnos un poco de nuestros aspectos, hablábamos sobre las personas que no veíamos hace meses, o incluso años, y que después de la tragedia volvieron a aparecer momentáneamente solo para dejar algún hipócrita mensaje de apoyo y luego volver a desaparecer. Casi no hablamos de Natalia y casi no hablamos de Mariana; hablar de ellas nos ponía mal a los dos. Nicolás se aguantaba demasiado para no tocar el tema, y más se aguantaba todavía al saber que yo necesitaba el apoyo de la experiencia que tuvo por si algo parecido me ocurría.

Durante un tiempo, solo nos dedicamos a mirar la cama ocupada por Mariana, incluso se atrevió a mencionar que parecía dormida; le di la razón solo para seguir mirándola.

Ella no dormía boca arriba, decía que dormir así le daba pesadillas; me preguntaba qué clase de sueños tenía esos días, o si es que soñaba acaso. Ella tampoco dormía tan calmada, solía moverse mucho por las noches cuando yo compartía sueño a su lado; a veces me daba la espalda y durante la noche no se estaba quieta hasta abrazarme o viceversa. Otras veces se quejaba o me abrazaba fingiendo dormir para evitar que yo me levantara; había noches en las que su antebrazo le tapaba los ojos o sollozaba porque el dolor de cabeza recurrente que sufría no se le pasaba hasta que caía en los sueños de alivio.

Cada pequeña cosa nada importante en una persona se vuelve poesía nostálgica cuando uno las extraña y se atreve a asegurar que daría lo que fuese por tener esos momentos otra vez.

[...]

Catorce días pasaron. Mariana abrió los ojos en la noche cuando yo estaba en casa. En el camino, su mamá me avisaba por mensajes de texto algunas cosas que supuse no eran ciertas, obvio exage-

radas, pero igual agradables: «Quiere dibujar», «Sonrió», «Quiere hablar». Podía imaginarlo todo.

Y de pronto...

«¡Vení rápido!».

«¿Por dónde estás?».

«¡Se la llevaron de urgencia!».

«Le agarró una taquicardia».

Con ese tremendo nudo en el pecho le llamé a Nicolás explicando la situación. No quería estar solo.

Otra vez corría entre esos pasillos blancos. Nicolás ya estaba allí, en la sala de espera.

—¡Nicolás! ¡¿Sabés algo?!

—Recién llego. Sé lo que vos me contaste nomás.

Apenas unos segundos después, en la sala, se hicieron presentes mis cuñados y mi suegra abrazada a uno de ellos. Cada uno, expectantes, tomaba asiento, como si fueran la angustia y la incertidumbre en persona. La tensión alrededor de nosotros era tortuosa. Nicolás mantenía su mano en mi hombro.

A partir de eso, todo comenzó a moverse muy rápido, a perder equilibrio y color; todo se hizo oscuro...

«¿Paro cardíaco?».

«Terapia intensiva».

«Es mejor que estén preparados».

«Aún no tenemos noticias claras, seguimos trabajando...».

«¿Podría reunirse la familia García, por favor...? Mi más sentido pésame».

[CAPÍTULO III]

QUIERO IR CON VOS

AMBOS quedamos fríos... Solos...

«Emi, me voy a mudar solo».

Ambos estábamos sufriendo.

«Dejáme ir con vos», fue lo que respondí.

Hacía más de tres meses que nuestras novias habían fallecido. Ambos sufríamos la inminente pérdida de nuestras compañeras, ambos combatíamos la depresión como mejor podíamos. Encontramos nuevos vicios: nos peleábamos en la calle con cualquiera, respondíamos mal, éramos irrespetuosos, cretinos, agresivos... y, luego de todo, tomábamos alcohol hasta caer desmayados llorando por ellas. Sin embargo, estábamos juntos porque nadie más que nosotros entendía este dolor maldito.

Y luego Nicolás quería mudarse.

No lo culpaba. Yo no podía seguir en este barrio, viendo cada esquina, escuchando cada voz que imploraba verla, que fuera la voz de ella. Él tampoco podía.

Así que lo primero que respondí a ese mensaje fue que quería ir con él. Si él iba a seguir sufriendo lejos de todo esto, ¿por qué no ir juntos? Después de todo, nos necesitábamos.

Poco después de eso recibí su llamada.

—¿Hola?

—Emi, donde voy a vivir no es igual a Chilavert o Ballester, allá puede ser un poco más decadente, hasta peligroso.

—Pero yo tampoco puedo seguir acá, estamos en la misma...
Decíme, ¿encontraste un alquiler?

—Este... Sí, es barato. Bueno, comparado con los de esta zona, es barato.

—¿Y a cuánto te queda del laburo?

—Como a media hora más, pero me las puedo arreglar.

—Hacéme la segunda. Fijáte si me podés hacer entrar en la fábrica mientras tiro currículum por esa zona, agarro lo primero que salga para ayudar con el alquiler.

—Pero... —Tal vez lo estaba incomodando.

—Por favor, quiero ir con vos. —Yo lo seguía necesitando y sabía que él también a mí.

—¿Por qué? Tu vieja está preocupada por vos. Mis viejos ya entendieron; a mí ya no me queda más nada acá, todo me hace mal. Voy a volver a mi viejo barrio y...

—No quiero estar todavía más lejos de vos. No me dejes solo, Nico.

—Eh... Emi, yo...

—No me dejes solo, por favor.

Solo escuché un gran suspiro del otro lado de la línea, resignado.

—Dale... Mañana llega el flete, hablá con tus viejos.

—Gracias.

—Te quiero, Emi.

—Te quiero, Nico.

Después de lo sucedido, se nos había hecho costumbre decirnos «Te quiero» al despedirnos. La paranoia siempre estaba ahí, amenazando, como una pistola que apunta y no sabés si tiene o no balas.

Los «Te quiero» suenan lindos, demasiado melosos para dos chicos, pero los nuestros no sonaban ni lindos ni melosos. No.

Esos «Te quiero» te hacían sentir que eran los más tristes que escucharías alguna vez.

¿Quién sabe si lo decíamos de parte nuestra o como si fuese de parte de ellas para nosotros?

[CAPÍTULO IV]

DESVÍO

HACÍA dos meses que me mudé con Nicolás. Las cosas nunca iban como esperábamos. Al final no pude entrar a la fábrica por recomendación de él, y no importó cuánto currículum tirara, nunca me llamaron de ningún lado.

Él podía seguir manteniendo el alquiler trabajando dos horas extras por el hecho de que en ese entonces éramos dos bocas que alimentar. Por otro lado, lo único que yo podía hacer era tener la casa limpia, cocinar, lavar, cosas típicas de alguien sin laburo.

Nicolás trabajaba diez horas en la fábrica de costura. Se levantaba a las seis de la mañana, salía a las siete, llegaba a las ocho. Él trabajaba desde esa hora hasta las seis de la tarde, a veces hasta las siete, y tipo a las ocho de la noche llegaba agotadísimo. Por lo menos, al final de la quincena cobraba lo necesario, además de que nuestras familias a veces nos mandaban un poco de mercadería o plata.

Pero Nicolás parecía llevar la depresión mejor que yo. Era como si nunca quisiera dejar de laburar, así se distraía él. En cambio, yo aprovechaba las tardes para tomar una lata de cerveza y ver tele nada más, dormir o llorar en silencio. No comía al mediodía, solo cocinaba de noche para cenar junto a Nicolás.

Entonces, a partir de esos días, las cosas se pusieron un poco... raras entre nosotros. Sabíamos de la paranoia, de estar pendientes

el uno del otro y comunicarnos cada vez que se podía para tranquilizar al contrario, pero no sabíamos a qué llevaría eso.

Pasó como ya conté, sobre los mensajes lindos y esas cosas. Después, las llamadas cada vez que él entraba y salía del trabajo, luego solo ocupábamos el tiempo libre para encerrarnos y no ver a nadie... y finalmente esa noche.

Bueno, él llegó; yo ya había terminado de sacar la pizza del horno y estaba esparciendo el queso cuando me sorprendió al abrazarme desde atrás.

—Hola, mamá —me dijo carcajeándose y me hizo reaccionar de un salto. Sí, también sonreíamos de vez en cuando.

—Che, ¿cómo te fue? —pregunté de pura costumbre.

—Lo mismo de siempre, pero... ¡es sábado! Así que por fin puedo descansar otra vez.

—Ojalá pudiese ayudarte más —respondí. Él solo se rio.

Como decía, estaba preparando pizza; siempre me fue bien en lo que a cocina se refiere, aunque las ganas eran otra cosa, pero bueno, no había opción. Era sábado, eso significaba comer y después ponernos gravemente ebrios.

Las horas pasaron, era de madrugada, así que, con la poca sobriedad que me quedaba, me dirigí al baño y me lavé la cara. Al salir, le avisé a Nicolás que iba a extender las frazadas para acostarnos, pero cuando lo miré, él ya estaba dormido en la mesa.

Levantarlo costaba mucho. Nicolás era más alto que yo por poco y cuando dormía, lo hacía como un tronco.

Me acerqué para empujarlo despacio hasta que escuché un gimoteo de su parte.

—Dale, Nico, andá acostarte en tu cama.

—Dejáme —escuché que me dijo a duras penas.

Volví a zamarrearlo para que se despertara y me alejé de un manotazo.

—¿;Eh, qué hacés, pelotudo!? —respondí a su agresión no de la mejor manera, después de todo, los dos estábamos ebrios.

Nicolás se levantó tambaleante de la silla y observé su cara. No estaba seguro, pero parecía que se había quedado dormido mien-

tras lloraba; estaba rojo, sus ojos también, y como contrastaba con su pelo rubio, se le notaba a mil.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Emiliano? —farfulló enojado.

En mi estado etílico, pude haber interpretado que me estaba echando de la casa, pero en vez de seguir discutiendo y probablemente irme en medio de la noche en esas condiciones, preferí empujarlo y meterme en la habitación con un portazo.

Lo único que escuché fue que Nicolás volvió a abrir la heladera, tal vez para seguir tomando. En cambio, yo me dormí a los pocos minutos.

Tipo a las cinco de la mañana, me desperté por el chillido de la puerta del cuarto. Me relajé, ya sobrio, y pensé que Nicolás se estaba por acostar al fin, pero no lo escuché caminar por la habitación ni nada.

Levanté entonces la cabeza en dirección a la puerta y lo vi apoyado en el marco. Acostumbré mis ojos a la poca claridad que entraba desde el comedor y le dije:

—Nico, ¿ya te vas a acostar?

Escuché que se rio. Después lo vi caminar un poco más adentro y cerró la puerta. Ya no pude ver nada. Volví a escuchar sus pasos dirigiéndose hacia mí y, con manos torpes, lo sentí buscar mi cara.

—Emi... ¿Acá estás? —preguntó.

—Sí, decíme —respondí mientras con mi mano aparté la suya de mi ojo izquierdo.

—Perdonáme... No quiero que te vayas... —Ah, entonces sí me había echado en su arrebato.

—Está bien, no me voy a ir. Andá acostarte a tu cama.

Él se mantuvo ahí arrodillado al lado mío. Seguí escuchando cómo murmuraba incoherencias y, de repente, pareció encontrar las palabras que buscaba.

—La extraña —me dijo.

—Yo también —respondí suave. No quería ponerme melancólico ahí estando con él. La pasaba así todo el día cuando no estaba conmigo. Suficiente—. Acostáte, dale.

Se quedó en silencio; tampoco escuché si se levantó, pero el sueño me ganó poco a poco y le resté importancia. Y entonces pasó...

No lo había oído ni visto porque estaba de nuevo casi dormido, pero sí, Nicolás se había acercado a mí y me había... bueno, no sé si fue sin querer, pero la cosa es que... sentí sus labios sobre los míos y no reaccioné.

No entendía muy bien, ya que mi sueño pesado me mantenía ausente, estaba confundido. Incluso pude aceptar que, cuando movió sus labios un poco, yo lo seguí... Era una sensación hipnotizante y confusa, como si estuviese paralizado, sin importarme la somnolencia.

Segundos más tarde, se alejó con lentitud y pude escuchar cómo se desplomaba en su cama. Para cuando fui consciente, me moría de vergüenza. ¿Qué carajos había pasado? No pude pegar ojo hasta que salió el sol.